

Autocensura: tensiones entre escritura y poder

(Self-censorship: tensión between writing and power)

Toro, Suso de
Eusko Ikaskuntza. Miramar Jauregia. Miraconcha, 48
20007 Donostia

BIBLID [1137-4454 (2005), 20; 39-44]

Recep.: 27.02.04
Acep.: 18.11.04

La crisis de la escritura y de la literatura misma; los límites de la libertad de expresión.

Palabras Clave: Literatura. Escritura. Internet.

Idaztearen eta literaturaren beraren krisia; adierazpen askatasunaren mugak.

Giltza-Hitzak: Literatura. Idaztea. Internet.

La crise de l'écriture et de la littérature même; les limites de la liberté d'expression.

Mots Clés: Littérature. Ecriture. Internet.

Mientras escribo esto suena en mi reproductor la Sonata n. 31 de L. Van Beethoven, una de sus últimas sonatas. En ellas, como en sus obras finales para cuerda, el compositor se siente libre y ensaya y juega a buscar los límites. El compositor musical sabe que sus ensayos de expresión pueden tener como fruto el desapego del público y la incompreensión, el fracaso profesional, pero no le acarrearán una sanción personal por parte del estado o algún otro poder político. Los recelos del poder político o religioso hacia alguna obra de Mozart no vienen de las geniales y libres partituras sino del libreto de Da Ponte. Es la palabra la que en ocasiones choca y desafía al discurso establecido.

En origen la palabra es lo contrario del poder, el poder es la acción, el acto, mientras que la palabra es precisamente la ausencia del acto, la palabra es el no-poder, la impotencia. El acto, la caza, la recolección, es lo que garantiza la vida, es lo único que no es superfluo. La palabra, el lenguaje, es algo que viene luego y sobre el acto, es el primer excedente humano, lo que sobra más allá de la necesidad, casi el primer lujo.

Sin embargo, un paso más allá, el lenguaje es lo que organiza los actos, lo que guarda memoria de donde hay recursos, de la experiencia transmitida para sobrevivir, lo que organiza la vida del grupo, la horda, más tarde una comunidad con memoria, ritos repetidos (neuróticos): la comunidad con memoria es la que se organiza alrededor de la palabra, la palabra sagrada, mágica, que explica el mundo y da forma al caos, la que cura de la angustia de una vida impredecible y la palabra poderosa que le habla al mundo divino para que permita la vida humana. La palabra, pues, se hace poderosa.

La palabra, el lenguaje, construye el discurso, el argumento, que asienta un orden dentro de la comunidad. Crea una memoria que legitima el orden social, un modo u otro de organizar el poder dentro de una sociedad. Así los mitos fundacionales de una comunidad, las cosmogonías, explican el orden del mundo; así los mitos fundacionales también, la épica, explica la forma de organización de una sociedad, enaltece la propia forma de vida y la legitimidad de los gobernantes. El lenguaje institucionalizado, la memoria institucionalizada, es la columna vertebral de una comunidad, bien sea una tribu, un pueblo o cultura o un estado nacional.

Sin embargo el lenguaje, que nace de la experiencia individual y social, es cambiante y polimorfo así que choca con esa fosilización de la experiencia que es la "literatura como monumento". Se puede decir que a lo largo de la Historia hubo siempre una dialéctica entre la literatura monumento, que es estática y fundada en un argumento que aunque nació del mito fue racionalizado, en un "logos", y la creación literaria que corre por debajo y por los lados, la creatividad asilvestrada, ancilar, periférica. Esta última suele ser más arbitraria, excesiva, móvil, y muy ligada aún al mito y al mundo de lo irracional.

En la Roma del Imperio, los literatos oficiales, los retóricos, usaban como insulto la palabra "cuentista", "circuladores": los que vagabundeaban sin respaldo institucional (frente a los literatos que ocupaban un papel regulado en la vida institucional de la sociedad) cobrando algún dinero por su relato.

Sería interesante hoy día revisar autocríticamente si lo que llamamos “literatura contemporánea” no es sino retórica para unas minorías vitalmente anémicas que satisfacen un rito de clase pequeñoburguesa y culta con el consumo de literatura aburrida. Quizá fuera del foro, por las plazas de los mercados, que hoy son la industria del cine, del cómic, de los videojuegos, sigan circulando las historias que tratan de mitos y sucesos mágicos, dramáticos y portentosos. Y nosotros sin saberlo aquí dentro tan confortables.

Por otro lado hay que contemplar el lugar que ocupa hoy la literatura. Para la mayor parte de los occidentales, excepto una parte de creyentes cristianos, especialmente protestante, y excepto para los judíos creyentes, grupos ambos que creen en el valor sagrado de la palabra bíblica, revelada por Eloim-lahvé-Dios, la literatura es algo profano, es un texto sin valor mágico que pertenece al mundo de lo exclusivamente humano y no lo trasciende. El Romanticismo alemán que llega a Heidegger, es una isla salvaje, pero isla, en la cultura occidental, absolutamente profana desde el Renacimiento (quizá desde Espinosa). La literatura hoy es eso, “Literatura”, una creación que ocupa un lugar social autónomo y separado de las creencias colectivas o individuales, ya no es siquiera ideología social. Es un acto solitario de personas ilustradas que algunas veces se remite a las propias experiencias personales de quien lee y les ayuda a comprenderse a sí mismas, otras veces es un texto que vive fuera de la experiencia de vivir y solo cobra sentido remitiéndose a otros textos literarios. En todo caso lo que llamamos “la Literatura” es hoy, algo gratuito, no necesario, sin utilidad social, bastantes veces tampoco personal. (El onanismo sexual no solo es una práctica que regula el cuerpo si no que también conecta al actante con los fantasmas íntimos, que de un modo u otro son arquetípicos, son fantasmas del inconsciente colectivo de la especie. El onanismo literario puede que sea placentero para mentes especialmente pervertidas pero lo único que tiene que ver con el otro es que estéril).

En nuestro tiempo con dificultad reconocemos en lo que llamamos “Literatura”, esa institución a la que le exigimos creatividad individual, exigencia y excelencia lingüística, una relación profunda con las personas, un papel en la vida de la gente, generalmente a través de la devoción y evocación de la vida mítica comunitaria. Quizá el Walt Whitman del sueño norteamericano. Está el ejemplo conmovedor en la Rusia que no hace tanto recitaba poemas de Ajmátova, Mandelstam, Brodsky. Los soldados alemanes que eran enviados al frente ruso cargando un librito de poemas violentados del buen Hölderlin (poesía a la memoria y al corazón a pesar de las intenciones de aquellos jefes). En la Galicia emigrante que en su diáspora recitó los poemas de Rosalía. En los emigrantes irlandeses que cantaban, “Johny Boy”, las baladas de sus valles. En la España de los antifranquistas, tan tristemente débil, que cantaba a los poetas prohibidos con Paco Ibáñez...

El escritor hoy es un trabajador autónomo que a través de la escritura de libros o bien a través de la escritura de libretos, guiones, canciones..., alimenta la industria del ocio que le suministra a la gente sus raciones privadas de fantasías y ensoñaciones. La “Literatura” hoy en las sociedades industrializadas, aunque tiene forma industrial y como tal tiene promoción masiva, está

relegada a lo privado individual y no parece cumplir otras funciones que ciertos disfrutes íntimos.

Otra cosa es que hay veces en que algunos escritores son, al tiempo que trabajadores de lo irracional, intelectuales. Digamos que el intelectual es el ciudadano militante que opina para los demás, su carácter es el del arbitrista, busca establecer criterios ajustados para medir la vida social dentro del mundo mental de nuestro tiempo y civilización. Y pretende con su opinión influir, es decir orientar a la sociedad en el sentido que considera más ajustado. El intelectual es, pues, un activista que utiliza la palabra expresada a través de los medios de comunicación.

¿Tienen capacidad todos los escritores de argumentar una opinión de alcance social y exponerla a sus conciudadanos? Desde luego que no, la mayoría no. Grandes poetas y narradores pasados y actuales gozan de gran talento expresivo pero no de conocimientos, comprensión, de los asuntos sociales. Aún más, es conveniente desconfiar de la opinión de los artistas sobre asuntos sociales, pues su mundo y su materia primordial es el mundo emocional e irracional. De manera que ellos tienen una dificultad añadida para sobreponerse a las turbulencias de las emociones individuales y colectivas y analizar con templanza y ecuanimidad los problemas.

Quizá los primeros activistas sean Savonarola y Calvino, ambos reaccionarios, y el teórico del papel del intelectual sea Voltaire. Es decir, hay intelectuales de todo tipo y catadura. Nosotros podemos creer que también la figura del intelectual se debe ajustar a una cierta ética, pero esa mera suposición solamente es aceptable para aquellos de formación y convicciones democráticas.

Así pues, es fundamentalmente el intelectual quien se ve ante el dilema de si debe o no con su opinión cuestionar o no lo establecido, sabiendo que ello le traerá unas u otras consecuencias. Es un juego en el que se juega uno el tipo pero también donde se obtiene poder. El intelectual ejerce un poder y concurre en un juego de poderes. Su fuerza es la opinión de la gente que lo lee o escucha. Pero desde luego su fuerza solo existe si dispone de una tribuna, de medios de comunicación para expresarse. Y ése es todo un tema.

Porque los medios de comunicación son sociales y particulares, son instrumentos para el servicio de la sociedad sin embargo siempre tienen dueño. Y la única garantía de que esos medios cumplen su función son la ética y el mercado.

Sobre la ética, es producto de una cultura cívica que cree en la responsabilidad individual, de la ciudadanía. Esto en general es un fruto de la cultura protestante y en España en su conjunto es algo hasta hoy prácticamente desconocido. El argumento de la II República española era precisamente éste (aún cuando, realmente, la mayoría de los que la apoyaban no creían en la responsabilidad y la acción individual sino en la dinámica de las masas conducidas por una minoría) pero llegaron los de siempre y desgraciadamente aún no ha vuelto entre nosotros el discurso regeneracionista civil. En la sociedad

española la moral existente es un cruce de la moral nacionalcatólica y de la amoralidad de los consumidores embrutecidos. Así pues, la ética tampoco existe, ni en las profesiones ni en casi nada, la única ética reinante es la de la picaresca, que todos miramos comprensivamente.

En nuestra sociedad gregaria dividida en facciones los medios de comunicación expresan intereses privados y líneas de interpretación de la realidad previamente fijadas muy poco atemperados por la profesionalidad. La mayor parte de la TV que se emite en España es incompatible con la dignidad de los espectadores y la profesionalidad de los periodistas. Los periodistas con ética sobreviven como pueden y otros prosperan.

¿Los intelectuales? En un espacio comunicacional relativamente pequeño, en espacio y en número de personas como el París de Voltaire, el París de una minoría, era posible influir con la autopublicación, la hoja volandera, el periódico modesto, las tertulias en los salones, para difundir una idea. Las ciudades europeas hasta el primer tercio de siglo creaban cenáculos, tendencias, ideas, istmos que se comunicaban con otros cenáculos en otras ciudades. Pero hoy las transformaciones en la vida cotidiana, las distancias, las nuevas tecnologías han hecho desaparecer los lugares de encuentro. En nuestras privacidades incommunicadas dependemos de los medios de comunicación que nos mantienen separados y al tiempo crean masas de consumidores que braman en soledad ante las distintas pantallas y los mismos goles y horteradas.

Cada medio de comunicación escrito, los que alojan opinión de un modo explícito, tiene su “cuadra”, firmas contratadas que dicen lo ya dicho y en general no siembran desconcierto ni pregunta; en realidad el lector de diario lee el periódico que refleja sus puntos de vista previos, en el caso español esto es muy agudizado. Los pastores no quieren que venga nadie a molestarle sus plácidas y complacidas ovejas.

De modo que si existe un intelectual que quiera ejercer ese rol de concurrir al ágora cívica con sus opciones necesariamente distintas, cuestionadoras, que ofrezcan un ángulo distinto sobre los asuntos tiene que pensar que tiene que hacerlo a través de esos medios de comunicación que hay, no hay otros. El resultado es que no le será publicada su opinión si no conviene a los intereses de la empresa editora, puede acabar por ofrecer al “medio” lo que éste implícitamente le demanda, la autocensura, es decir aquello que está dispuesto a publicarle, o por hartarse y callarse. A escoger.

Creo que la libertad de expresión debe tener límites, sólo los inconscientes no reconocen que no todo se puede o debe contar, no siempre, no a todos, no a cualquier hora, no en cualquier lado. Eso ocurre en la expresión artística, la libertad de expresión no debe amparar la crueldad gratuita, la propaganda deshumanizadora, la intoxicación... Igual ocurre con la información en una sociedad allá donde exista la libertad de expresión, el oficio del periodista entrará en conflicto frecuentemente con los intereses, las necesidades del estado, de las instituciones...Y hay que crear arbitrajes independientes que garanticen tanto la libertad de expresión como contemplen esas demandas de limitarla. En ese

sentido todo periodista responsable sabe que en un momento u otro tropezará con límites que la moral social le aconseja y su ética personal le piden, se autocensura. (¿Es necesario detallar las vejaciones que infiere un pederasta criminal a su víctima? ¿Es necesaria la foto de esa persona muerta y caída en una postura que le resta dignidad? ¿Es necesaria incluso cualquier foto no autorizada por los familiares de una persona muerta inesperadamente?...).

Pero hay otra autocensura, que es la que se nos pide todos los días, es la del palo y la zanahoria. Todos queremos la zanahoria, pero en una sociedad donde la cultura democrática existe en una forma degradada el único modo de conseguirla es a través de la corrupción individual. Vendiéndonos con más o menos elegancia.

Queda Internet. Esa Red que cada vez preocupa más a los gobiernos y que cada vez quiere controlar y regular más. No sabemos lo que dará de sí. En los países con índices dignos de lectura, cultura, etc, la Red es también un espacio cívico. Aquí no. Veremos lo que da de sí.